

Tanatología educativa

Tanatología educativa y la muerte individual

Lic. Omar Olvera Cervantes

La muerte biológica o desaparición del individuo vivo y reducción a cero de su tensión energética consiste en la detención completa y definitiva, es decir irreversible, de las funciones vitales especialmente del cerebro, corazón y pulmones. A la pérdida de la coherencia funcional sigue la abolición progresiva de las unidades tisulares y celulares. La muerte opera, pues, a nivel de la célula, del órgano, del organismo y, en última instancia, de la persona en su unidad y especificidad. Implica, en consecuencia, el retorno de los elementos constitutivos al fondo común de la biosfera, fuente permanente de vida renovada. ¿Por qué morimos, de qué morimos, cómo morimos?... siguen siendo las preguntas fundamentales a las que resulta difícil dar respuesta.

El problema en sí no es el acontecimiento de la muerte como dato objetivo, sino más bien y, principalmente, el hecho de darle un sentido que favorezca el desarrollo de la persona ante la experiencia de la muerte.

Educación y muerte, un enfoque difícil

De no ser por la urgencia en determinar el momento adecuado para la extracción de órganos, la inhumación y la cremación, probablemente no habría ninguna definición legal de la muerte. Ésta, en efecto, ¿no es acaso la nada, la cuasi nada que ningún procedimiento científico logra circunscribir, tanto en lo que se refiere a los criterios como a la definición?

Por otra parte, cuanto más progresa el conocimiento científico de la muerte, menor es la posibilidad de precisar cuándo y cómo se produce.

Pero es esta nada la que despierta todas las angustias, la que moviliza todas las energías para rechazarla, suprimirla o vencerla. La muerte es cotidiana, natural, aleatoria, universal.

La muerte es cotidiana, pero como defensa ante ella pretendemos hacerla parecer lejana y remota, hasta impersonal, sobre todo en la juventud, y este aspecto nos hace llenarnos de verdadera imprudencia y en muchas ocasiones las decisiones mal tomadas en las tempranas edades condicionarán el resto de la vida. Los sabios de la antigüedad prehispánica decían que, “ante las decisiones difíciles de la vida habría que consultarlas con nuestra muerte...”

Son los otros los que mueren, aun cuando sea a mí a quien amenaza la muerte a cada momento: Es muy poco lo que se necesita, un coágulo de sangre en una arteria, un espasmo del corazón, una imprudencia o descuido al volante, una sobredosis etc... para que esa realidad aparentemente lejana aparezca ante nuestros ojos.

La muerte es natural, sin embargo, se presenta como una agresión; se vive o se percibe como un accidente arbitrario y brutal que nos toma desprevenidos.

La muerte es "inhumana irracional, insensata como la naturaleza no domesticada; no hay buena muerte, salvo "la vencida y sometida a la ley (que muchas veces es lo peor que puede

experimentar una persona, por la prolongación innecesaria de la agonía)". La muerte sigue siendo indeterminable, la certidumbre del morir se opone la incertidumbre del acontecimiento.

La muerte, nunca prevista, siempre de más, procede de lo aleatorio, de lo imprevisible: "Ustedes no saben ni el día ni la hora ni el lugar", dice el evangelista. Y nos pide estar alerta...

La muerte es universal. Todo lo que vive, todo lo que es está destinado a perecer o a desaparecer, lo que de alguna manera trivializa el acto de morir. Pero es también única, ya que cuando me llegue la hora nadie tomará mi lugar y mi muerte no será como la de ningún otro.

En suma, la muerte queda al margen de toda categoría: "Es inclasificable, es el acontecimiento singular por excelencia, único en su género, monstruosidad solitaria, sin relación con todos los demás acontecimientos que, sin excepción, se sitúan en el tiempo" (). Es difícil poder conciliar en la cultura actual la idea de la muerte propia y el aspecto educativo que la misma puede tener. Para aprovechar este fenómeno educativamente, tenemos primero que cambiar la idea que culturalmente se ha cultivado y reconocer la trascendencia de este suceso y reconocer la trascendencia de la vida humana. Del fenómeno de la muerte se desprende oportunidades de valoración de la propia vida y un sin fin de valores que pueden ayudar a humanizar la existencia de la persona.

La muerte es un proceso

Nada hay más difícil que situar en el tiempo el tránsito de la vida a la muerte; de hecho, en boca de los existencialistas está la idea de que se vive muriendo.

La muerte no se produce en un instante preciso, excepto para el médico, que está obligado a extender un certificado autorizando la incineración o la inhumación, y para el médico forense, que debe determinar en qué momento dejó de vivir físicamente un sujeto. Según esta idea se muere siempre progresivamente a lo largo de la vida y no sólo en la agonía o en la muerte súbita, según el tipo de acontecimiento y a la vez por grados y por partes: la muerte es un proceso, no un estado.

Actualmente, sabemos no sólo que es posible morir antes de haber nacido (aborto natural, aborto provocado avalado actualmente por la ley cuando se practica antes de la duodécima semana posterior a la concepción), sino también que el proceso que desemboca en la muerte está presente "programado" incluso en el feto, en su información genética según se sabe a la fecha.

Al embrión, por ejemplo, ante el aborto procurado, en realidad se le ha matado en el momento que se ha tomado una decisión sobre su suerte; se iniciarán el conjunto de acciones que desembocarán en su destrucción.

De esta misma forma las muertes sociales acontecen tiempo antes de su concreción, cuando un grupo político genera una estrategia, ésta tendrá como consecuencia muertes físicas y sociales que se plasmarán en una estadística.

El factor educativo puede generar un cambio en esta dinámica, si se personaliza esta situación, es decir, cuando el otro entra en el horizonte de igualdad, cuando se asume la realidad humana en su vida y muerte, y se acepta su valor y trascendencia.

Mientras más lejano sea el hombre del hombre, más difícil será reeducar en esta conciencia y la muerte sólo será un elemento objetivo que certificará la eficacia de los instrumentos puestos en marcha contra la persona misma vista como un “útil”.

La tanatología tiene también fines prácticos, principalmente la urgencia de desmitificar la muerte y de aprender a convivir con ella, lo cual implica que muy pronto deberá educarse a los niños y a toda persona en este sentido; la necesidad de luchar para que todos los hombres, sin distinción de raza o de origen, puedan no sólo vivir con la dignidad que les compete como personas, sino también morir con dignidad; la firme denuncia de todas las empresas mortales e injustas que genera la sociedad moderna.

La muerte es a la vez horrible y fascinante; por lo tanto, no puede dejar a nadie indiferente. Horrible porque separa para siempre a los que se aman; porque el chantaje de la muerte es el instrumento privilegiado de todos los poderes; porque hace que nuestros cuerpos terminen por desintegrarse en una podredumbre innoble. Fascinante porque renueva a los vivos, inspira casi todas nuestras reflexiones y nuestras obras de arte, al tiempo que su estudio constituye un camino real para captar el espíritu de nuestra época y los recursos insospechados de nuestra imaginación.

Puede decirse con verdad que amar la vida y no amar la muerte significa no amar realmente la vida. De ahí la importancia, pertinencia y necesidad de educar tanatológicamente, se trata de que podamos regresarle un rostro humano a un fenómeno del cual apartamos la mirada, se trata, como se ha dicho, de mirar al otro como alguien en igualdad de derechos y necesidades para comprometernos con el hombre mismo y nuestra propia suerte en la vida y la muerte.